

NECROLÓGICA: RECUERDO DE EDUARDO MIURA

Juan Manuel Albendea
Fundación de Estudios Taurinos



duardo Miura Fernández (Sevilla, 1914-1996) se
mps fue en silencio, en plena canícula hispalense,
con el mismo silencio y la misma discreción con
que vivió ochenta y dos años. Fue un hombre de
campo, mejor, un señor del campo. Eduardo Miura trave-
ría, sin duda, esta hermosa declaración de amor al campo: “¡Oh
enorme cuerpo del amante! Por tus barrancos y por tus veras,
por tus graciosos cielos, por tus caminos ya polvorientos, ya
encharcados, por tus rincones ocultos y tus abiertas extensio-
nes, por agostos y por eneros, te he cabalgado. Tu también
conoces los cascotes de mi caballo...”¹. La gayomba, la lila, la
amapola, el jaramago, el trebol y el hinojo de El Cortijo de “El
Cuarto”, de “Los Gallos”, de “El Conde”, de “Valdelinares”,
de “La Cascajosa” o de “Zahariche” están mustios, huérfanos,
abatidos, como recién segados. Ya nunca más serán mudos
testigos de ese jinete que, clareando o en el crepúsculo, acu-
día a los cercados a la hora de darle el pienso al ganado, un día
y otro, así durante más de setenta años. ¡Qué lejos la figura de
Eduardo Miura de la del señorito andaluz!

¹ José Antonio Muñoz Rojas (1976): Las cosas del campo, Destino.

¿El ganadero? ¿Podría decirse que lo único que hizo fue no innovar? Pues sí, pero hay que afirmarlo como un elogio. No evolucionó Miura en los procedimientos de selección que aprendió de su padre y de su tío, y de los que éstos heredaron de su abuelo. Y fue con éste, que tenía el mismo nombre y apellidos que el nieto cuya pérdida hoy deploramos, cuando el hierro de la A y las asas, alcanza su máximo esplendor. No innovar significa mantener el encaste en su más pristina pureza, y sobre todo no aceptar las presiones de los taurinos para malograr la integridad del toro lo que sin duda, desde el punto de vista comercial, es un serio contratiempo. No evolucionar implica no someterse a la tendencia de almibaramiento del espectáculo taurino en el que hoy estamos inmersos. Las consecuencias de esa actitud representa el que tan prestigiosa y legendaria divisa sólo sea lidiada hoy día por toreros modestos. Eso, sin duda, debió provocarle al ganadero un hondo malestar, jamás manifestado, dada su proverbial mesura. Pero él, profundo conocedor de la historia de su ganadería, sabía perfectamente que antaño no era así. Y que Lagartijo, Bombita, Machaquito, José y Juan eran diestros que, asiduamente, se enfrentaban a la ganadería de Miura. Y recordaría, perfectamente, como figuras más recientes, como Manolete o su entrañable amigo Pepe Luis, no pasaban una temporada sin anunciarse con toros de la divisa verde y grana. Se puede decir de Eduardo Miura que fue el último ganadero romántico. Estoy seguro, que sus hijos Eduardo y Antonio, educados en esa escuela de integridad y pureza, continuarán la tradición de la Casa.

En el orden humano, Eduardo Miura era un ser entrañable. En su conversación, teñida de prudencia y de mesura,

con acento andaluz culto, jamás tuvimos ocasión de oírle un reproche, una crítica hacia nadie. Era consciente de la responsabilidad histórica que sobre él había recaído de mantener el prestigio y la leyenda de su ganadería, y sufrió mucho cuando la maledicencia, sólo ocasionalmente, le acusó de manipulaciones que, como no podía ser menos, se demostraron, en su momento, absolutamente infundadas.

Descanse en paz, quien tanta paz desbordaba en este mundo y pudimos comprobar los que tuvimos el privilegio de conocerlo y tratarle.

